

NO NOS CONOCEN

Carta Abierta a los cristianos de Holanda

Febrero de 1972

En los momentos en que Chile se preparaba a ser sede de la Tercera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), el Cardenal escribió esta carta a los cristianos de Holanda, a petición del Consejo de las Iglesias.

“Romper las cadenas injustas, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, compartir tu pan con el hambriento; ése es el ayuno que me agrada, dice el Señor”.

Palabras proféticas, con las que la Iglesia inaugura e inspira sus jornadas cuaresmales.

Comunidad peregrina, ella necesita –como el pueblo de Israel- despojarse, cada cierto tiempo, de sus adornos, en señal de duelo por el pecado, y para continuar su marcha, aligerada de lo superfluo.

Esta convocación solemne al ayuno cuaresmal alcanza, en el mismo tiempo, a todos los pueblos en que la Iglesia vive, pero no tiene en todos la misma significación.

Hay algunos -son los menos-, que deben y pueden ayunar, porque tienen mucho o poco, pero en todo caso más de lo estrictamente necesario para sobrevivir.

Hay otros -son los más- en que el llamado al ayuno suena como cruel ironía: ¿Cómo podrían privarse, algunas veces, de alimento superfluo, cuando todas las veces falta el pan necesario para sobrellevar el día?

Estos pueblos no pueden ayunar, libremente, en Cuaresma: ayunan

forzosamente el año entero. Y el más auténtico ayuno de los otros, los más privilegiados, tendría que consistir -lo dice el Señor- en romper las cadenas injustas, quebrar todos los yugos que mantienen a sus hermanos en la opresión del hambre y la desnudez, la ignorancia y la enfermedad, la miseria no merecida que les cercena sus expectativas y hasta sus deseos de vida.

La escena evangélica (o muy poco evangélica) del rico Epulón y del pobre Lázaro, recobra, en cada Cuaresma, su trágica y acusadora vigencia. Con el agravante de que ya no son individuos, sino pueblos y continentes enteros quienes aparecen allí tipificados. Sí. “Los pueblos hambrientos interpelan, hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos” , ~ y exigen con todo derecho, “un mundo donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico”.

Los cristianos que en los países más desarrollados celebran los ejercicios cuaresmales no pueden eludir esta interpelación, que brota de la naturaleza misma de la Cuaresma: ¿Qué han hecho, qué están haciendo, qué están dispuestos a hacer para poner término, rápida y eficazmente, a esta situación de injusticia, que viola el mandato de Cristo y arriesga condenar, a unos al subdesarrollo material y a todos al subdesarrollo moral?

Los cristianos del Tercer Mundo experimentamos, a veces, la sensación de que nuestros hermanos más privilegiados no nos conocen suficientemente o no han sacado las últimas consecuencias del Evangelio que unos y otros profesamos.

No nos conocen suficientemente; no saben, con exactitud, quiénes somos, cómo vivimos, qué necesitamos y con qué urgencia vital. No nos conocen: a esas 43 naciones africanas con 360 millones de habitantes cuyas esperanzas de vida no pasan de los 40 años. A esas 25 naciones de Asia con más de 2 mil millones de habitantes, cuyos pueblos consumen menos de mil calorías por persona. A esos 300 millones de América Latina, de los cuales 100 son analfabetos. A esos 700 millones de analfabetos en Asia, África y América Latina. A esos 230 millones de población activa que no pueden hallar trabajo

remunerativo. A esos 390 millones que sufren hambre declarada, y a esos 1.300 millones que son víctimas del hambre disfrazada.

No nos conocen: no saben del drama de nuestros hacinamientos humanos, con su cortejo de insalubridad, promiscuidad, atenuación y pérdida del sentido moral. No sospechan el proceso de acumulada frustración, que deviene resentimiento y rencor, y desemboca en el odio y la violencia, cuando se ve que tantos tienen tan poco, y tan pocos tienen tanto, y que los individuos y los países ricos se hacen siempre más ricos, mientras que los pobres siguen siendo, día a día, más pobres. No reparan en el desconcierto, primero, y la indignación, después, que suscita en los países subdesarrollados el constatar cómo sus productos básicos se exportan a precios muy bajos, y sujetos a las variaciones de un mercado que ellos no pueden influenciar, mientras deben importar productos manufacturados de precio siempre en alza y sufrir aranceles discriminatorios, y pagar tasas de interés, amortizaciones, fletes y seguros que los condenan al endeudamiento progresivo y a la más irritante subdependencia económico-política.

No nos conocen suficientemente. O no han sacado todas las consecuencias del Evangelio. Los cristianos hemos entendido siempre -al menos programáticamente- que del Evangelio se deducen imperativamente normas de conducta y responsabilidad hacia el prójimo. La parábola del Buen Samaritano nos ha enseñado a no desviarnos del camino cuando hay un hombre caído, y a hacernos responsables por él, con sacrificio de nuestro tiempo y dinero. La profecía del Juicio Final nos ha recordado que nuestra salvación pende de nuestra capacidad de ver y servir a Cristo en el hombre pequeño y marginado -concretamente, en el que sufre hambre y sed, destierro, enfermedad, pérdida de su libertad.

Pero nos ha faltado, quizás, perspicacia, o consecuencia para transferir estas normas del plano individual al plano de las relaciones multinacionales. Hoy, como nunca, son pueblos y continentes los que sufren hambre y sed, enfermedad, desnudez, carencia de libertad; y, hoy, como nunca, es fuerte la tentación de pasar a la acera de enfrente, pretextando que el pueblo caído es

de otra raza o está geográfica o ideológicamente muy lejos de nosotros.

“Si alguno -escribía San Juan- gozando de las riquezas del mundo, ve a su hermano en la necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios”.⁵ Pero el cristiano sabe -y hoy debiera saberlo más que antes- que todo hombre, y todo pueblo, es su hermano. Y cuando escucha a San Pablo definiendo la ley de Cristo como un llevar unos las cargas de los otros, entiende -y hoy debiera entenderlo mejor que antes- que no se habla aquí de una solidaridad de clan, de familia, de tribu, de ghetto o de nación, sino de solidaridad que lleva el sello del Evangelio y del Dios del Evangelio: el Padre que no hace acepción de personas, y rescató todas las razas, lenguas, pueblos y naciones con la sangre de su Hijo.

Por eso dije que esta situación de injusticia internacional, viola el mandato de Cristo. Cristo no puede querer, ni bendecir una estructura mundial que parece legitimar, y perpetuar la desigualdad de bienes y oportunidades entre los pueblos de la Tierra. Mucho menos si como responsables de ella figuran comunidades que se pretenden tributarias, y aun defensoras de una cultura y civilización cristianas.

Y agregué que esa situación amenaza condenar, a unos, al subdesarrollo material, y a todos, al subdesarrollo moral. A todos. Sí: porque si la carencia material de un mínimo vital suele hacer imposible el ejercicio de facultades superiores, la carencia moral de los individuos y pueblos mutilados por su egoísmo conlleva, necesariamente, un deterioro de sustancia espiritual: “Para las naciones, como para las personas, la avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral”. (PP 19). Al enfatizar Paulo VI, con el Concilio, la “gravísima obligación de los pueblos ya desarrollados de ayudar a los países en desarrollo”, añade: “Los ricos, por lo demás, serán los primeros beneficiados de ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres, con imprevisibles consecuencias. Replegadas en su egoísmo, las civilizaciones actualmente florecientes atenderían a sus valores más altos, sacrificando la voluntad de ser más al deseo de poseer en mayor abundancia. Y se aplicaría a ellas la parábola del

hombre rico, cuyas tierras habían producido mucho y que no sabía dónde almacenar la cosecha. Dios le dice: “Insensato, esta misma noche te pedirán el alma”.

Los cristianos del Tercer Mundo pensamos que nuestros hermanos del mundo más desarrollado no han prestado suficiente atención a esta admirable lógica del Evangelio. Y nos preocupa, junto con la suerte de nuestros pueblos, la suerte y destino de aquellos otros que parecen tan poco necesitados de nuestra preocupación. La lógica del Evangelio es clara: para salvar la propia vida, o alma, es preciso perderla. Para encontrarse hay que negarse a sí mismo. Los pueblos, igual que las personas, sólo arriban a su plenitud en la comunicación que se hace comunión; sólo se conquistan a sí mismos cuando hacen el don de sí mismos.

Vistos desde aquí, nos parece que los pueblos ricos tienden a enredarse en la maraña de sus intereses siempre crecientes, y a asfixiarse en el aire enrarecido de un materialismo sofocante. Quisiéramos recordarles que “el tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último... los encierra como en una prisión... Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran... La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser”. Y así, personas y naciones verifican otra vez el drama expresado en las palabras de Cristo: se gana el universo a trueque de perder el alma.

En esta perspectiva se aprecia más cabalmente el sentido y valor de la UNCTAD III. No se trata sólo de discutir mejores términos de intercambio o asegurar precios más estables y remunerativos para los países en vías de desarrollo. La consideración de los detalles técnicos no puede hacernos olvidar el trasfondo sustantivo: lo que aquí se toca y, en parte, se decide, es el alma de la sociedad humana.

Y si los cristianos seguimos siendo, como lo hemos sido, “alma del mundo”, y si la Iglesia sigue siendo, como lo ha sido, “experta en humanidad” y “servidora del hombre”, del hombre en todas sus circunstancias y necesidades,

no cabría que nos margináramos de un evento que tan decisivamente repercute sobre el alma de la Humanidad.

UNCTAD III tendrá que ser voz y compromiso. Voz de los pueblos hambrientos que interpelan a los pueblos opulentos. Compromiso de las naciones desarrolladas con la construcción de un mundo que permita al pobre Lázaro sentarse en la misma mesa que el rico Epulón. Todo eso pertenece al Evangelio e interpela a la fe de los cristianos. De ahí nuestro deber de hacer nuestro lo que UNCTAD III significa: informándose e informando, estudiando y comentando, participando, realizando y siempre orando.

Los cristianos serán los principales responsables de crear, mantener y profundizar una mentalidad pública internacional de atención y simpatía hacia el torneo y de disposición a concretar, rápida y eficazmente, sus conclusiones.

Y todo este tiempo de Cuaresma podrá constituir un fecundo período de preparación espiritual y de ejercicio de este ayuno que agrada al Maestro: excluir el yugo, el gesto amenazante y los planes perversos; dar su pan al hambriento y saciar al oprimido. “Entonces, tu luz se levantará en las tinieblas, y tus sombras llegarán a ser mediodía”.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ
Arzobispo de Santiago (Chile)
(Sede de la UNCTAD III)

Santiago, Chile, febrero 1972